Una reflexión sobre los rasgos y capacidades de los mayores de la familia

Una de las actividades más gratificantes de esta tercera etapa de mi vida ha sido el estudio de los rasgos y capacidades de los mayores a través de una conexión íntima con estos miembros tan extraordinarios de la comunidad humana. Me he beneficiado de su sabiduría y, más aún, de haber tenido la suerte de observar sus vidas al servicio de sus comunidades. Es su servicio el que garantiza la regeneración constante de esas sociedades humanas gracias a los dones de esperanza, sabiduría y resiliencia que aportan sus mayores.

He escrito este artículo con la esperanza de que, al describir los rasgos y características de los mayores de una familia, imagines quién desempeña este papel en la tuya y cuáles de esos rasgos refleja.

La historia y la prehistoria de la humanidad dan cuenta de los papeles fundamentales que han desempeñado los mayores en la continuidad de las sociedades humanas. Todas las culturas prósperas reflejan la importancia de esas personas, mientras que muchas, a medida que se deterioran, reflejan la falta de ellas. Entonces, ¿qué me han aportado mi investigación, mi experiencia y mi observación de los verdaderos mayores?[1]

---

1 Es posible que muchos lectores deseen saber cómo prestan servicio los mayores en sus familias y comunidades. ¿Qué hacen? Ofrecen a estas sociedades, a través de su cuidado diario del bienestar de la comunidad, los medios para adaptar sus formas de vida, así como la toma de decisiones sobre cómo llegar a la quinta generación en condiciones prósperas y, posteriormente, ayudarles a prosperar durante muchas generaciones más. Ofrecen un servicio que es, ante todo, compasivo, basado en el cuestionamiento, la escucha y la humildad. Estas cualidades, en conjunto, representan las manos experimentadas y solidarias de la persona mayor que sostiene a su comunidad en sus manos para que pueda evolucionar y sobrevivir con seguridad. En mi libro «La familia: el pacto entre generaciones», en el capítulo 9, páginas 107-113, y en el capítulo 12, páginas 139-141, abordo esta cuestión de qué hacen las personas mayores. En la página 107 enumero «Las cuatro
autoridades» que las tribus otorgan a sus mayores. Son, y cito: «(a) La autoridad para mediar en las disputas dentro de la tribu, de modo que todos los miembros se sientan escuchados. Ningún fallo sobre una disputa debe dar lugar a que unos se sientan ganadores y otros perdedores, ya que eso destruye el tejido de la tribu; (b) La autoridad para aconsejar a toda la tribu cuando esta no sigue las normas de toma de decisiones que la propia tribu ha adoptado. Los ancianos nunca pretenden establecer esas normas por sí mismos; (c) La autoridad para contar las historias de la tribu; (d) La autoridad para mantener y poner en práctica las costumbres que permiten perpetuar los rituales de la tribu y las ceremonias que los conmemoran. Estos rituales marcan las transiciones más importantes de la tribu: el paso de la infancia a la edad adulta de sus hijos, la incorporación de nuevos miembros por afinidad a la tribu —principalmente a través del matrimonio o las uniones de hecho—, el acceso de los miembros de la tribu al estatus de anciano, el fallecimiento de los
, y la elección de nuevos jefes para la paz y la guerra».

La naturaleza de la experiencia humana a lo largo de los 200 000 años de existencia de nuestra especie ha consistido en evolucionar a través de una serie de tres etapas vitales principales. La primera etapa: la infancia y la adolescencia; la segunda etapa: la edad adulta, como cabeza de familia, progenitor y persona que encuentra y se dedica a su vocación; la tercera etapa: la búsqueda del espíritu, del ser —no del hacer—, de la retribución, del altruismo y de la generatividad. Casi todos los mayores que conozco han pasado por este proceso de evolución y se definen por sus vidas en la tercera etapa.

Sin embargo, ¡hay excepciones! Es cierto que la edad suele traer sabiduría a través de la experiencia; sin embargo, no siempre es así. Nuestra época actual sugiere que nuestra población dominante, los «baby boomers», no está evolucionando hacia la vejez al llegar los 60 años. En cambio, siguen mostrando el mismo narcisismo y egocentrismo que les ha caracterizado a lo largo de su predominio como cohorte poblacional. La edad no parece conducir a la maduración de un estado de ser altruista; ese estado de ser que lleva a convertirse en un anciano auténtico. Sin duda, mi afirmación provocará críticas y excepciones, y me inclino ante ellas.

También he observado a algunas personas bastante jóvenes que son profundamente sabias y actúan como mayores dentro de sus comunidades. A menudo, los verdaderos mayores buscan a los jóvenes para ofrecerles una orientación especial. Estos mayores saben que los jóvenes serán quienes, con el tiempo, ocupen su lugar en el amplio panorama del liderazgo de sus comunidades. Este proceso de identificación y orientación es característico de los verdaderos mayores y se ha practicado en todas las sociedades prósperas. Así pues, sí, hay excepciones a la regla de que solo las personas iluminadas en su tercera etapa de la vida son mayores; sin embargo, ¡no son más que eso, excepciones!

Entonces, ¿cuáles podrían ser los rasgos de un anciano de la familia? Aunque aquí estoy escribiendo sobre los ancianos de la familia, creo que estos rasgos se aplican a todos los ancianos. Se me ocurrió que una serie de palabras que empiezan por «disc» parecían encajar mejor. Las palabras que me vinieron a la mente fueron discernimiento, discreto, discreción, disciplina y descubrimiento, y sus significados activos: ser perspicaz, ser discreto, actuar con discreción, ser disciplinado y descubrir. Qué curioso que estas cinco formas excepcionales de ser empiecen todas con las mismas letras y, por tanto, con el mismo sonido. ¿Qué conllevan estos cinco rasgos en un anciano?

DISCERNIMIENTO/SER DISCERNIDA

Una anciana lleva en su interior [2] la capacidad de descubrir dónde reside la verdad más amplia sobre cualquier asunto al que se enfrente en su comunidad familiar, [3] y no simplemente lo que sugieren los hechos. Puede hacerlo porque parte de su trayectoria vital ha consistido en aprender a descubrir y a definir. Utiliza este proceso aprendido para ayudar a los demás a descubrir el suyo. Encuentra su verdad analizando todos los hechos posibles del problema para hallar su núcleo, su raíz. Cuestiona constantemente sus conclusiones. Por un lado, de forma objetiva, se pregunta: «¿Conducen los hechos a una respuesta clara e inequívoca?», y, por otro lado, de forma subjetiva, se pregunta: «¿Mi intuición me aleja de la realidad o me acerca a ella?». Al discernir la verdad de un asunto, construye entonces, mediante un análisis de las discrepancias dentro de su comunidad que dieron lugar a dicho asunto, la forma en que la comunidad debe responder a él. Su sugerencia será una a la que la comunidad pueda adaptarse gracias a su capacidad de resiliencia. Una respuesta que la comunidad reflexiva pueda integrar; una respuesta que fortalezca a la comunidad y no la ponga en peligro ni le cause daño. De este modo, discierne la profundidad y la complejidad de la cuestión que plantea el problema y los mejores medios para que la comunidad que lo generó lo resuelva. Está practicando el discernimiento.

---

2 He optado por utilizar el género femenino en este ensayo. Lo he hecho porque creo que las tradiciones espirituales de los persas, los griegos, los romanos, el judaísmo y el budismo consideran, con razón, que un espíritu femenino maduro es ejemplo de sabiduría pura. Estas mismas tradiciones consideran que el camino de un hombre maduro es ejemplo de compasión pura. Aunque a algunos lectores esto les pueda resultar sorprendente, ya que su tradición sugiere lo contrario, mi experiencia con los verdaderos mayores es que, si bien son profundamente compasivos, se caracterizan mejor por ser infinitamente sabios. 3 Aunque siempre hablo de los mayores de una familia, aquí utilizaré la palabra
«comunidad» a lo largo del resto de este ensayo. Mi intención es que los términos «familia» y «comunidad» sean intercambiables.

DISCRECIÓN/SER DISCRETO

Una persona mayor personifica la capacidad de oírlo todo, verlo todo, sentirlo todo, experimentarlo todo y decir muy poco o nada. Es la persona a la que todos en su familia acuden para hablar de sus problemas más importantes. Cada uno sabe que ella no revelará nada de lo que se le confíe sin permiso explícito. Cada miembro de la comunidad también sabe, tácitamente, que la persona mayor utilizará esa información dentro de la red de conexiones que mantiene en su comunidad, totalmente

según considere oportuno para el bien de esa persona y de toda la comunidad. Ser discreta es saber cuándo se necesita transparencia y cuándo opacidad para lograr el mejor resultado para todos.

Ella sabe cuánta verdad puede soportar su comunidad. Su forma discreta de comunicarse demuestra un liderazgo paciente mientras lleva a cabo su labor de entrelazar y fortalecer los hilos de su comunidad. Estas personas mayores son las arañas tejedoras, las hilanderas y las tejedoras de los hilos de nuestras vidas, tanto a nivel individual como comunitario.

DISCRECIÓN/EJERCER LA DISCRECIÓN

La anciana reflexiona constantemente sobre todos los aspectos de un asunto comunitario tras escuchar a todas las personas cuya opinión influye en la cuestión. Se toma muy en serio la posibilidad de que pueda estar equivocada. Como árbitro final de los asuntos más importantes de su comunidad, sabe que su autoridad encierra en sí misma las semillas de la buena salud continuada de la comunidad o de su desaparición. También es consciente de que es la depositaria de la sabiduría de docenas de ancianas de su linaje o, en el caso de algunas comunidades actuales, incluso de docenas de generaciones. Sabe que cada decisión que tome será honrada siete generaciones a partir de hoy, al igual que ella honra a aquellas de hace siete generaciones que hicieron posible su papel actual. También siente que ninguna decisión tendrá tanta importancia como mantener y reafirmar el proceso de toma de decisiones que su linaje ha construido a lo largo de la historia de su comunidad. Por ello es paciente; es prudente, y es pausada y reflexiva en su toma de decisiones. Escucha a todos los que tienen una opinión y luego vuelve a escuchar a aquellos de quienes, gracias a su relación de toda la vida con ellos, sabe que poseen un mayor don de visión sobre lo que es mejor para todos, y de altruismo, que los demás.

Por último, pedirá a sus antepasados que le concedan su sabiduría sobre los asuntos que tiene ante sí. De este modo, ejerce la discreción que la caracteriza. Su capacidad de reflexión y su prudencia, que definen su capacidad de discreción, son la razón por la que su comunidad le pidió, en un ritual formal milenario, solemnizado con una ceremonia, que fuera su anciana, y luego la ungieron como tal.

DISCIPLINA/SER DISCIPLINADO

Los seres humanos a menudo se resienten cuando se les impone disciplina, sin apreciar que, sin una regulación coherente de nuestros pensamientos y comportamientos, seguimos siendo como niños. Una característica de una anciana es que su comportamiento en todos los ámbitos de su vida se define por normas internas,
la constancia, la coherencia, la perseverancia, la tolerancia y el sentido del humor. Es la virtud de la prudencia de la anciana, templada por la moderación, lo que permite que los demás confíen en ella. La anciana cultiva estos comportamientos a lo largo de su vida, lo que le permite adaptarse con serenidad a cada situación a la que se enfrenta, con aplomo, ecuanimidad y dignidad. En esta forma de ser, ella es la disciplina personificada; está siendo disciplinada.

DESCUBRIMIENTO/EL ARTE DE DESCUBRIR

La anciana manifiesta este rasgo a través de su habilidad intuitiva para observar, evaluar y hacer evolucionar los complejos sistemas que conforman su tribu: sistemas compuestos por las vidas en constante evolución (a) de cada miembro individual de la tribu; (b) de cada familia dentro de la tribu; (c) de cada clan dentro de la tribu; (d) de la tribu en su conjunto; y (e) de las complejas relaciones de la tribu con todas las demás tribus que forman esa sociedad. Dedica sus días a observar las vidas de cada uno de los miembros de su tribu, tratando de descubrir los dones únicos de cada uno de ellos y fomentando luego su desarrollo. Sabe que la vida de cada persona aporta algo positivo a la supervivencia de la tribu. Ella trata de averiguar cuál será esa contribución y, a continuación, ayuda con delicadeza a ese miembro concreto a ofrecerla.
Su método: ¡Preguntar, preguntar, preguntar! Siempre cuestionándose a sí misma primero. ¿Está distorsionando su propia verdad? ¿Está siendo sincera consigo misma respecto a lo que oye y observa, o está intentando manipular la verdad para que se adapte a sus deseos en lugar de a los intereses de la tribu y de cada uno de sus miembros? ¿Qué está aprendiendo sobre sí misma en este proceso de descubrimiento? ¿Está integrando lo que descubre sobre sí misma y es capaz de apreciar que ese nuevo conocimiento de sí misma transforma su yo objetivo y subjetivo? ¿Ha

¿Dejado de ser una persona que aprende a lo largo de toda la vida y, por eso, ofrece respuestas prefabricadas porque se ha extinguido su amor por el descubrimiento de sí misma y de los demás? ¡Dios no lo quiera, se ha convertido en una experta al dejar de cuestionarse a sí misma y, por lo tanto, ha dejado de ser una anciana!

A las familias de la tribu les ofrece una mediación amable, a menudo salpicada de humor, sobre los complejos problemas a los que cada una se enfrenta a medida que evoluciona. Para los padres jóvenes, es una matriarca y una abuela maternal siempre presente, en cuyos brazos los niños que lloran pueden encontrar la tranquilidad que permite a las madres sobrecargadas de trabajo un respiro y el tiempo para recuperar el equilibrio. A los padres de niños mayores les ofrece sabiduría sobre su crianza, su educación y sobre cómo hacer realidad sus sueños. También ofrece una mediación amable cuando las tensiones de las vidas individuales de los padres y de sus relaciones de pareja los ponen en riesgo. A las familias en su conjunto les ofrece mediación para ayudarlas con los vaivenes naturales de los miembros y sus transiciones.

Por último, como narradora, ayuda a la tribu en su conjunto a redescubrir constantemente su linaje. Lo hace ayudándoles a pensar e imaginar en términos de siete generaciones, para que puedan comprender por qué el presente es como es y descubrir en ese presente su rumbo hacia el futuro. Ofrece historias que narran su propio viaje personal y los de sus mentores. Ofrece historias del linaje de la comunidad; historias de su crecimiento, de su colapso, de sus héroes y heroínas; historias del bien y del mal, de la abundancia y la hambruna, de la creación y la decadencia. Las historias siempre hablan en parábolas, en metáforas y en paradojas. Canta como un pájaro y narra como un orador. Cambia de personaje para ofrecer un espectáculo que estimule la imaginación de los oyentes. Con un atuendo y una voz exóticos, ayuda a quienes luchan contra los peligros y las ansiedades actuales contándoles una historia concreta que ilustra los pasos seguros que otros han dado a través de esas mismas aguas turbulentas. Ofrece este don de la narración para que puedan aplicar su experiencia imaginativa de esos pasos seguros y poner en práctica ese comportamiento ante sus dificultades actuales. Desafía los corazones y las mentes de sus oyentes a conectar con su humanidad y con su lugar en la creación.

Así, a través del descubrimiento de los caminos de los viajes individuales por la vida de cada miembro de su tribu, de sus familias, de sus clanes y de sí misma, utilizando su método de preguntas sobre uno mismo y sobre los demás, y en su calidad de narradora, ella personifica el rasgo y el arte del descubrimiento.

Ahora hemos aprendido cómo el comportamiento de la anciana muestra los cinco rasgos del discernimiento —la discreción, la prudencia, la disciplina y el descubrimiento— como las características que definen y rigen sus acciones. Su forma de ser es prueba de su autenticidad y ofrece una

imagen de sabiduría. Creo que no es de extrañar que, cuando nuestros antepasados imaginaban a su diosa de la sabiduría —Astarté para los persas, Isis para los egipcios, Atenea para los griegos, Minerva para los romanos, Sofía para los judíos, Tara para los budistas y María como una anciana sabia para los cristianos—, estos fueran los rasgos que definían a cada una de ellas. ¿No mostraban nuestros antepasados la misma conciencia que mostramos hoy en día en lo que respecta a sus observaciones de los comportamientos que nos definen como seres humanos y de aquellas pocas personas entre nosotros que son nuestros mayores? Las observaciones de nuestros antepasados sobre los rasgos de una persona mayor y su manifestación en estas mujeres sabias son tan válidas hoy como lo eran hace tanto tiempo.

Muchos de vosotros os preguntaréis: «¿Cómo puedo saber si alguien es una persona mayor?». ¿No es probable que alguien que reúna estos rasgos sea discreta, rehúya el protagonismo y, por su propia naturaleza, resulte muy difícil de descubrir? ¿Incluso que ella misma no sepa que es una persona mayor, ya que la sana autocrítica debe ser, de alguna manera, inherente a ella, y la modestia y la humildad, un comportamiento habitual? Sí, es difícil de encontrar, tan escasa como los dientes de gallina. [4] Entonces, ¿cómo se podría descubrir a una? Mi impresión actual es que hay que buscar dentro del sistema de la comunidad familiar a aquella persona cuya invitación a una reunión de esa comunidad todos aceptan nada más recibirla. El regalo de la comunidad familiar a su anciana o ancianas es esta AUTORIDAD para convocar.

He llegado a preguntarme si es por esta autoridad por lo que las reconocemos. Piensa por un momento en todas las invitaciones que recibes en un año y en lo pocas que aceptas. Algunas, por supuesto, las aceptas por deber; otras, por responsabilidad; otras, por tu sentido de tu estatus social; otras, por alegría; otras, por codicia; la mayoría, a regañadientes y con la sensación de que te quitan tiempo. ¿Cuántas aceptas de inmediato? ¿Por qué? Porque mi anciana me invita, nada más. Voy porque me sentiría desolado si no estuviera presente en su reunión y, casi con toda seguridad, no porque sea conveniente o socialmente importante, ya que es poco probable que lo sea. Más bien es una llamada a mi corazón como miembro de su comunidad, y acepto como miembro de la misma. Además, si decidiera arrepentirme, ¿no sería porque he dejado de ser miembro de esa comunidad? ¿No es porque he dejado de escuchar la voz de su anciana? ¿Y por eso puedo ignorarla tranquilamente? Así, la anciana se manifiesta a través de su autoridad para convocar cuando llama a los miembros de su comunidad al diálogo, los convoca para reafirmar y celebrar sus rituales y ceremonias, los convoca para la mediación, y los convoca para contar sus historias, reconectarse con su linaje y recitarlo.

Sí, la conocemos, y quizás de la forma más fácil y visible, cuando asume sus funciones formales de autoridad, en particular como convocante, tal y como le ha sido otorgado por su comunidad familiar. Del mismo modo, siempre nos resultará, con razón, difícil identificarla cuando desempeña su papel cotidiano de liderazgo informal y ejerce su sabiduría a través del discernimiento, de la discreción, de un juicio templado por la disciplina adquirida con la experiencia, y todo ello entrelazado con su constante descubrimiento y reconexión con la sabiduría siempre floreciente de su linaje, para el mantenimiento y el florecimiento de la comunidad humana de afinidad a la que sirve.

Ahora que tenemos una idea de los rasgos y características de una anciana de la familia, espero que se haya despertado vuestra imaginación para que observéis quiénes son las ancianas de vuestra familia y cuáles de esos rasgos reflejan.

© James E. Hughes, Jr., marzo de 2011

---

4 Un maravilloso ejemplo del papel de los mayores en el mundo es la idea jasídica de los tzadikim, los Justos. Se trata de 7 o 30 personas —he oído ambas cifras— que están vivas en todo momento y cuyas vidas sostienen a la humanidad, proporcionando a la especie humana el equilibrio necesario para su supervivencia. Estos justos no conocen la capacidad de intercesión justa; nunca se les ve, nunca se les oye, nunca se les siente y se les venera desde hace mil años.